

**EL TERCER MUNDO ES,
EN REALIDAD, EL
PRIMER MUNDO**

Palabras pronunciadas por el
Dr. René Báez, ilustre catedrático de la
Pontificia Universidad Católica
del Ecuador (Quito) en el acto académico
celebrado en la Universidad "Simón Bolívar"
de Barranquilla (Colombia), con motivo del
otorgamiento del Doctorado Honoris Causa
a varios académicos y catedráticos
latinoamericanos entre quienes estuvieron
los doctores Tomás E. Carrillo Baralla,
D. F. Maza Zavala, Cesar Balestrini,
Armando Alarcón Fernández y Pola Ortiz,
Individuos de Número de la
Academia Nacional de Ciencias Económicas

**EL TERCER MUNDO ES, EN REALIDAD,
EL PRIMER MUNDO**

Dr. René Báez

Con mis primeras palabras quiero expresar mi reconocimiento a la Universidad Simón Bolívar en la persona de su ilustre rector Doctor José Consuegra, Economista Benemérito de Colombia, por el honroso nombramiento con que he sido distinguido.

Séame permitido en esta feliz oportunidad evocar algunas razones que han marcado y marcarán toda mi vida una honda vinculación a esta querida Casa de Estudios.

Corría el año 1970 y mi país vivía -igual que ahora- momentos sombríos. Las ambiciones desatadas en torno a la recién descubierta riqueza petrolera dieron, una vez más, al traste con la frágil legalidad ecuatoriana. La dictadura inició su operativo salvacionista clausurando la Universidad Central de Quito, dirigida a la sazón por el esclarecido maestro Manuel Agustín Aguirre, ideólogo revolucionario e historiador de las doctrinas económicas, estrechamente relacionado con esta Universidad.

Fue en esa circunstancia de desconcierto y desolación cuando me comuniqué por primera vez con el director de **Desarrollo Indoamericano**, la revista colombiana que comenzaba a abrirse paso en los ámbitos académicos continentales con su bandera de teorización creativa del proceso económico y social de América Latina.

Fue un contacto hermoso y fecundo. En Ecuador nació **Crítica**, una publicación poco menos que clandestina respaldada por generosos amigos como los colombianos Antonio García y José Consuegra, que se propuso los mismos altos objetivos que su hermana del Norte.

Tiempo después, o, mejor dicho, en ese mismo tiempo, en nuestro tiempo, conocimos de tristes acontecimientos en la Universidad del Atlántico, similares a los de la Universidad Central ..., que dentro de una dialéctica peculiar de América Latina culminaron en el alumbramiento de una nueva Universidad. ¿Será que la cultura y la vida tienen un mismo movimiento?

Soy testigo del nacimiento de esta noble Institución y en esa calidad me presento ante vosotros.

Me presento para deciros con voz ecuatoriana de la admiración y el respeto por la obra que realizáis.

La citada **Desarrollo Indoamericano**, la **Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina** (con títulos ya publicados de Josué de Castro, Maza Zavala, Prebisch, Antonio García, Celso Furtado, Alonso Aguiar, entre otros), la Casa de la Cultura de América Latina (de cuyo nacimiento fui asimismo testigo), la Colección Universidad y Pueblo, constituyen ideas cristalizadas desde esta augusta Institución y están llamadas a perdurar en la memoria agradecida de los hombres libres del continente.

Estoy para deciros de mi orgullo y satisfacción al ocupar la tribuna de este Centro con vocación por las causas más dignas y altruistas de nuestro tiempo latinoamericano y mundial.

El rescate y proyección del pensamiento del Libertador, la vivificación de las ideas y doctrinas de soberanía económica y política de América Latina, la liberación e integración de nuestras patrias, al antimperialismo y el anticolonialismo, la defensa activa de la paz internacional, el Nuevo Orden Económico Internacional, la formulación de teorías genuinas sobre el subdesarrollo regional y las vías de su superación, y otras, han sido líneas de acción y reflexión enarboladas con fuerza y perseverancia desde esta Casa de Estudios.

Tanto más gratificante es para mí estar con vosotros esta noche por venir de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, institución que desde sus profundos veneros cristianos comparte muchas de vuestras inquietudes; así como por mi vieja relación con la Universidad Central del Ecuador, entidad fundada por el mismo grande patrono de esta Casa.

Comprenderéis, dilectos amigos, que no podría dejar pasar esta singular ocasión sin referirme, aunque sea de modo epidérmico y alegórico, a la circunstancia actual de nuestros pueblos.

América Latina vive una de las transiciones más difíciles de su historia, signada por herencias malditas y por mecanismos modernos de expoliación y despojo. En el centro de esta tormenta decenas de millones de niños son agredidos por las fuerzas de la anti-historia como síntoma inequívoco y patético del subdesarrollo y la crisis que atravesamos.

El pavoroso cuadro económico-social de nuestros países, ilustración patética de la crisis del capitalismo en su fase "otoñal", conforme la denomina el profesor Maza Zavala, aparece tanto más compleja a la luz de la crisis teórica de las instituciones y aparatos oficiales. El ideario desarrollista y sus propuestas de industrialización diver-

El imaginario episodio se refiere al asesinato de un albatros por la flecha disparada por un desaprensivo marinero, que tuvo que pagar eternamente su crimen llevando colgado del cuello el cadáver del albatros cuya vida y vuelo suspendiera. El poeta asocia este pasaje de los mares del Sur a lo que puede acontecer si los poderosos de afuera y de adentro se empeñan en preservar sus invertebrados e irracionales privilegios clasistas.

¿No será que los potentados del mundo están ya pagando, acaso sin saberlo, las viejas culpas de una criminosa historia rezumada, igual que el marinero de la ficción literaria?

Las hondas verdades de la poesía son las íntimas realidades de los hombres y los pueblos.

¿Qué hacer en este vórtice de la historia?

Más allá de la lógica -y en este caso se trataría de la lógica de la sobrevivencia de la especie- las razones éticas, fundadas en la necesidad de que la humanidad florezca en todos los rincones del planeta, imponen asumir en sus contenidos y desafío total la lacerante realidad del mundo que vivimos.

Esta lealtad con nuestro entorno y tiempo supone compromisos particulares para la ciencia y los científicos sociales.

Nuestros pueblos, insatisfechos consigo mismos, inconformes con el pasado y el presente, plantean al científico social exigencias perentorias de dilucidación de las leyes que sustentan el **statu-quo**; el escrutinio de las instituciones, grupos sociales e incluso personas en ese orden, o mejor desorden, que sustentan su alineación y su

tragedia; y, al mismo tiempo, la configuración de horizontes para la plenitud material y espiritual.

Si la responsabilidad específica del científico social es recrear la realidad con rigurosidad teórica, en tanto ciudadano común -condición que no puede eludir a riesgo de debilitar su pensamiento y su palabra- su compromiso tiene que estar ligado al quehacer diario de la lucha social, ya lo dijo Sartre: "el hombre no es nada si no es un impugnador".

Desde mi circunstancia de investigador y docente universitario he buscado ser consecuente con estos principios.

Creo que la ciencia y el pensamiento objetivo, sustentados en una ética de proyección multidimensional de los individuos, constituyen una de las claves de la felicidad humana.

Creo que la crisis contemporánea no constituye la estación terminal de nuestro proceso evolutivo, sino más bien un desafío candente a nuestra voluntad de vivir y caminar.

Creo, siguiendo a Peter Weiss, que el escarnecido Tercer Mundo constituye en realidad el Primer Mundo, porque tiene fe en el hombre y porque es revolucionario.

Creo que Cuanhthemoc, Tupac-Amaru, Caupolicán y Rumiñahui, hermanos en la distancia de Bolívar, Juárez, Martí, Sandino, el "Che", Camilo Torres y tanto más, no vivieron ni murieron en vano. Y que su presencia, igual a la de otros que ni siquiera han nacido todavía, alumbrará el porvenir de la Patria Grande.

Creo que la ciencia y la poesía nuestras, expresadas para todos los tiempos por el barranquillero Melquíades, animará por siempre nuestro espíritu en la adversidad y en la victoria.

En nombre de estas convicciones que me comprometo a defender y cultivar toda mi vida, recibo el inmerecido reconocimiento de la Universidad Simón Bolívar.

